

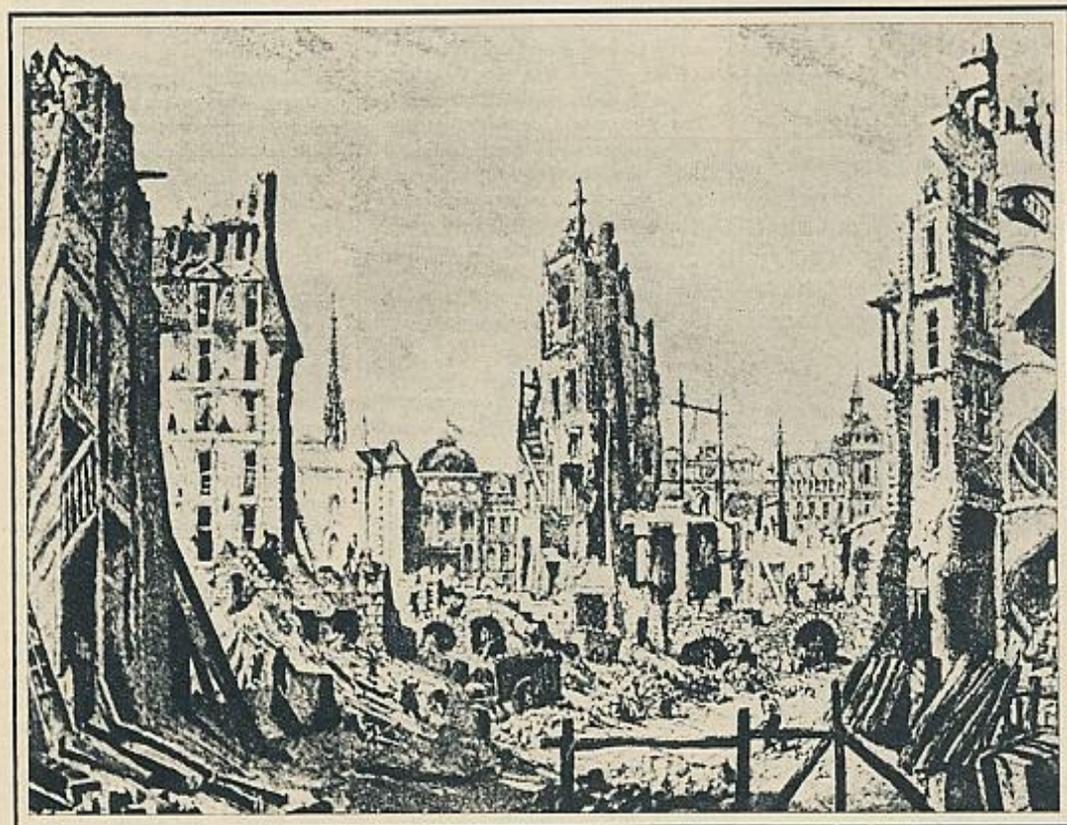
«¡A LAS ARMAS! ¡LOS PRUSIANOS!»

UN SIGLO ATRAS: LA GUERRA FRANCO-ALEMANA

Por
JUAN ALDEBARAN

PRIMERA DE UNA TRILOGIA QUE HUNDIO A EUROPA

EL II Imperio francés coincidió con la "era industrial". Ello motivó que muchas veces los avances propios de ese tiempo se atribuyeran al Imperio. París se convirtió en una gran ciudad y no faltaron en la nación los grandes escándalos económicos. Las grandes reformas urbanísticas de la capital francesa se llevaron a cabo bajo la dirección del barón de Haussman, prefecto del Sena. Se derribaron viejos barrios y en su lugar surgieron grandes avenidas. Así, además de embellecer París se facilitaban las cargas de caballería contra los manifestantes. El barón realizó pingües negocios con la especulación de terrenos. Su esposa, no muy espabilada, decía: "Tenemos mucha suerte. Cada vez que mi marido compra un terreno, pasa luego por allí una gran avenida y su valor se multiplica"...



El coronel Jouve vivía en «una de aquellas grandes casas en rotonda que circulan en pompa opulenta al Arco de Triunfo»: Daudet cuenta su historia en los «Cuentos del Lunes». Había buscado aquella casa para, desde sus balcones, presenciar el regreso triunfal de las tropas francesas que habían partido en guerra contra Prusia; era en 1870. El viejo coracero se moría, y su nieta, precursora de lo que serían luego las oficinas de propaganda, se inventaba una guerra para él; le contaba las derrotas como si fuesen victorias. Cuando los prusianos sitiaron París, su nieta le decía que se había cercado Berlín. Un amanecer, el viejo coronel creyó que era el día de la victoria. Trabajosamente se levantó de la cama, vistió su uniforme de gran gala y se asomó al balcón. «Detrás del Arco de Triunfo sonaba un rumor confuso y se veía una línea negra que avanzaba bajo el sol naciente... Después, poco a poco, brillaron las puntas de los cascos; los tambores de Jena comenzaron a redoblar y, bajo el Arco de la Estrella, ritmada por el pesado paso de las secciones y por el choque de los sables, ¡estalló la marcha triunfal de Schubert! Entonces, en el sombrío silencio de la plaza, se oyó un grito terrible: "¡A las armas! ¡A las armas! ¡Los prusianos!". Y los cuatro ulanos de la vanguardia pudieron ver ahí arriba, en ese balcón, un viejo corpulento bambolearse, agitando los brazos, y caer rígido. El coronel Jouve había muerto».



NAPOLÉON III y su esposa la española Eugenia de Montijo. Napoleón era hijo de Luis, hermano menor de Napoleón I, y de Hortensia, hija de Josefina, primera esposa del primer Napoleón. Eugenia tenía facetas que no aparecen en las canciones: profesaba un dramático conservadurismo, odiaba todo lo que olía a liberal y actuaba mucho en política sirviéndose para ello del Consejo Privado. Napoleón III había sido Presidente de la República y dio un golpe de Estado desde el poder, convirtiéndose en Emperador. Fue autoritario, dictatorial, controló la prensa, llenó el parlamento y los puestos oficiales de sus fieles e implantó una severa ley de "seguridad general". Cuando así le convino, mostraba un rostro liberal...

La primera de las tres guerras entre Francia y Alemania sucedió hace un siglo. Fue un choque de dos Imperios. El pretexto era el trono de España, el *casus belli* una cuestión de honor suscitada por un mensaje falsificado; la razón real, la conquista de la hegemonía en Europa, y la consecuencia, el principio de la pérdida de la hegemonía de Europa sobre el mundo.

NAPOLÉON EL PEQUEÑO

Napoleón III, con Eugenia de Montijo al lado (canciones aparte, Eugenia era de un conservadurismo dramático, odiaba todo lo que le olía a liberal y tuvo un papel importante en el Imperio,

actuando en política desde el Consejo Privado), trataba de reconstruir el bonapartismo. Había sido elegido Presidente de la República; desde dentro había dado un golpe de Estado para aumentar el poder presidencial y, con él en las manos, se había convertido en Emperador. Y, prácticamente, en el árbitro de Europa.

Fue autoritario, dictatorial. Controló la prensa —el sistema de los «tres avisos»; al tercero, un periódico era suspendido—, cubrió el Parlamento y los puestos oficiales con sus leales —sistema de «candidaturas oficiales»—, implantó la «Ley de Seguridad General» —los enemigos, a la cárcel o al destierro— y, finalmente, adoptó un rostro liberal cuando se encontró con enemigos a la

derecha: los católicos (entre ellos su esposa Eugenia), molestos por la guerra de Italia, que atacaba los Estados vaticanos, y la burguesía industrial, por razones económicas.

La fórmula fue un «tercer partido» que aceptaba los principios del Régimen, las normas del Imperio, pero con un «evolucionismo» aparente: se suprimió el sistema de los tres avisos para la prensa, pero se la controlaba por vías económicas; se introducía el derecho de huelga y se establecía una «democracia directa» entre el Emperador y el pueblo, por la vía del plebiscito, que soslayaba los debates parlamentarios, la discusión de las leyes. Floreció entonces la Banca, el capitalismo y la industria (la coincidencia del

segundo Imperio con la «era industrial» dio muchas veces la sensación de que el gran avance se debía al Imperio), París se convirtió en una gran ciudad. No faltaron los grandes escándalos económicos. (La tonta esposa del prefecto Haussman, autor de las reformas urbanas en París, comentaba: «Tenemos mucha suerte. Cada vez que mi marido compra un terreno, pasa luego por allí una gran avenida y su valor se multiplica.») Fue un momento triunfalista.

UNA GUERRA, UN IMPERIO...

Alemania estaba naciendo a la sombra del águila prusiana.

Autor, Bismarck. Con Moltke y Roon el Ejército prusiano llegó a ser un instrumento poderoso; con esa fuerza se constituyó la Federación de la Alemania del Norte, cuyo Presidente era el Rey de Prusia, Guillermo I, a la que se sumarían después los Estados del Sur.

El lema era éste: «Ein Krieg, ein Reich, ein Kaiser»: Una guerra, un Imperio, un Emperador. Todo por su orden. La guerra debía ser el elemento unificador, el elemento motor. La de Dinamarca fue apenas un ensayo, con tan buen resultado que incitó a una segunda guerra con Austria.

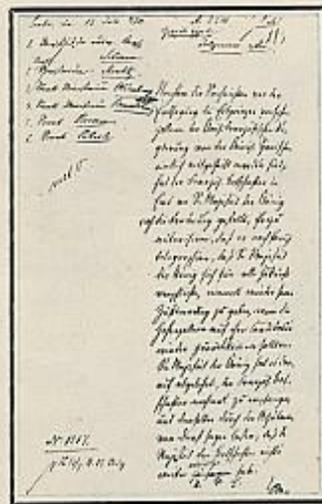
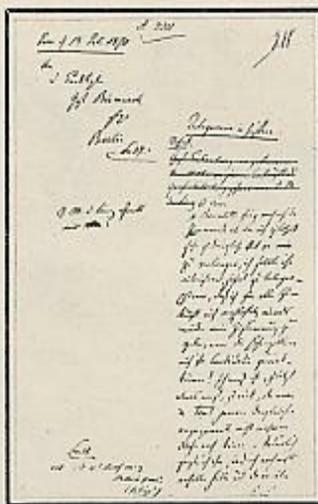
Hacia falta una guerra mayor. Bismarck, sin embargo, pretendía dominar previamente a Francia por vías políticas: aislarla, recortar su hegemonía imperial. Una de las fórmulas intentadas fue la de la ocupación del trono de España.

ESPAÑA BUSCABA UN REY

España buscaba un Rey en 1870. Se barajaban nombres y se urdían intrigas. Podían haberlo sido el general Espartero o el general Serrano; no fueron aceptados. Fracaso una gestión con don Francisco de Portugal. Las grandes potencias presionaban. Gran Bretaña hubiese querido un Montpensier, pero Napoleón III se entrevistó con Prim y le opuso su veto: «Ni un Montpensier ni una República».

Entonces surgió el nombre de Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen. Y surgió por inspiración directa de Bismarck a Prim, con la anuencia de Sagasta. Los agentes secretos y los enviados diplomáticos corrían de Berlín a Madrid; Bismarck veía una alianza de España contra Francia, y a España no le disgustaba la idea de devolver, con tan poderosa ayuda, la invasión napoleónica a los franceses. La publicidad de la candidatura del príncipe Hohenzollern para el trono de España produjo una reacción inmediata en Francia.

En realidad fue el propio príncipe el que no quiso ser Rey de España (muy probablemente por influencia de Inglaterra), pero a Francia no le bastaba con esta renuncia: quería que el propio Guillermo II hiciera pública su oposición a esa candidatura. El embajador de Francia se entrevistó con Guillermo I y obtuvo ciertas satisfacciones, contra el parecer de Bismarck. El «Canciller de Hierro» no quería dejar pasar la ocasión de hacer la guerra, la que debía ser esa guerra definitiva que construyese el Imperio alemán. «Me quedé anona-



LA noche del 14 de julio Bismarck cenaba con Moltke y Roon cuando recibió desde Ems, donde estaba Guillermo I, el telegrama en el que le anunciaban en forma de comunicado la conversación con el embajador de Francia, la "solución de compromiso". Bismarck modificó el telegrama y el falso texto resultante ("el despacho de Ems") provocó la guerra. Arriba, las dos versiones del telegrama. A la izquierda, Bismarck proclama el Imperio alemán en la Galería de los Espejos de Versalles (18 de enero de 1871). Abajo, después de la derrota de Sedan, Wimpffen, jefe del Ejército francés, capitula ante los prusianos...



dado», cuenta Bismarck, que fue su reacción cuando le comunicaron que Leopoldo renunciaba al trono español para salvaguardar la paz. La noche del 14 de julio Bismarck cenaba con Moltke y Roon cuando recibió, desde Ems, donde estaba Guillermo I, el telegrama en el que le anunciaban, en forma de comunicado, la conversación con el embajador de Francia, la «solución de compromiso». «Cuando terminé la lectura de este despacho, Moltke y Roon dejaron caer al mismo tiempo sus cubiertos y se pusieron en pie. Hubo un largo silencio. Estábamos muy deprimidos. Pregunté a Moltke: "El instrumento que necesitamos para hacer la guerra, nuestro Ejército, ¿es realmente tan eficaz que podamos meternos en la guerra sin ninguna duda sobre su resultado?". Moltke tenía una confianza inquebrantable. "Nunca hemos tenido un instrumento mejor que ahora". Roon confirmó enteramente las palabras de Moltke. "Pues bien, continúen ustedes comiendo tranquilamente", les dije. Me instalé frente a una mesita redonda de mármol que estaba junto a la mesa grande, releí atentamente el comunicado, tomé el lápiz y taché todas las palabras intermedias. No dejé más que el principio y el fin. Leí a Moltke y a Roon esta nueva versión. Los dos gritaron: "¡Magnífico! Esto será sonado". Y continuamos comiendo con el mejor apetito». Fue, en efecto, sonado; este falso texto se conoce en la Historia como «el despacho de Ems», y Francia, sintiéndose insultada, declaró la guerra a Alemania cuatro días después.

«¡MALA FACHA, MALA FACHA!»

Moltke tenía razón. El «instrumento» era perfecto. El 4 de agosto los prusianos ganaban la batalla de Wissemburg; el 6 de agosto, la de Reichshoffen. El 10 de agosto, Gambetta pedía que se armase a la nación, que se diesen armas al pueblo. Hablaba así en la Cámara de Diputados: «Lo que tenemos ante nosotros es Prusia, es toda la nación prusiana armada. Desde 1850, esa nación amasa a sus hijos y los prepara para la guerra; nos ha sorprendido. (Interrupciones.) No me interrumpáis, porque estoy probando el derecho, el deber y la legitimidad de la resistencia nacional... Tenemos una nación entera ante nosotros. Le habéis puesto un ejército cuyo heroísmo es admirado por mí más que por nadie, pero, cuidado, frente a una nación armada es preciso que le-

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA



PARIS resistió a los alemanes durante cuatro meses. Fueron días de hambre, sed y miserias... En enero de 1871 capituló. Gambetta escapó en globo por encima de las barricadas: quería organizar guerrillas, francotiradores... El pueblo de París había conseguido armas durante el cerco prusiano. Y estas armas y la derrota del Ejército produjeron una revolución; la Comuna. Su manifiesto pedía la dirección del Estado por las comunas federales, que serían autónomas; la separación de la Iglesia y del Estado, y los principios fallidos de la revolución de 1789... La Comuna terminó con fusilamientos. Los comuneros fueron aplastados y hubo más de veinte mil muertos...

vantemos también una nación armada. La nación, Francia, está en pie. ¿Queréis armarla? (Aplausos en la izquierda.) (...) ¡Armad las manos del pueblo de París, de Francia entera!

Como es costumbre, el gobierno tenía más miedo de armar a su pueblo que de su enemigo (ejemplo fácil de hoy: los guerrilleros en Oriente Medio), y las derrotas se fueron sucediendo: Borny, Grevelotte, Noiseville... El día 2 de septiembre, Sedan. Mac Mahon se rindió, Napoleón III cayó prisionero. Fue el momento de Gambetta y la proclamación de la República.

Las armas fueron, finalmente, al pueblo (el coronel Jouve, en su balcón, atisbó los milicianos, los soldados de la Guardia Nacional: «¿Qué hacen ahí esos soldados? —preguntó, y le oímos refunfuñar entre dientes—: ¡Mala facha, mala facha!». Pero era tarde. París estaba cercado. Gambetta escapó en globo por encima de las barricadas: quería organizar guerrillas, francotiradores...

Tarde, muy tarde. París resistió cuatro meses con hambre, sed y miseria, pero al fin, en enero de 1871, capituló. La guerra estaba perdida. Y con ella, Alsacia y Lorena, y los territorios del

Este ocupados, y cinco mil millones de francos-oro de indemnización... Para Alemania, la guerra había traído el Imperio, y el Emperador fue proclamado en el corazón real del adversario vencido: en Versalles.

LA COMUNA

Las armas al pueblo y la derrota del Ejército francés produjeron, efectivamente, la revolución: la Comuna. Su manifiesto pedía la dirección del Estado por las comunas federales, que serían autónomas; la separación de la

Iglesia y del Estado, y los principios fallidos de la revolución de 1789: los comuneros fueron aplastados, y en la represión sangrienta hubo más de veinte mil muertos.

Thiers instalaba la «República provisional» («O será conservadora o no será nada»), que daría paso a la «República oportunista» de Grevy, mientras en Alemania se instalaba el dominio prusiano, que iba a ser el árbitro de Europa. Y se configuraba, poco a poco, lo que sería la segunda parte de esta trilogía de guerras: la de 1914 a 1918. ■ J. A.